

MAHFUD MASSIS O LA ESTIRPE DE UN SOÑADOR

Jesús A. Sepúlveda

No pocas son las voces distanciadas de una cierta tradición de rai-gambre popular y criollista de la literatura chilena: Huidobro, Juan Emar, Enrique Lihn, entre otros. Esta constatación nos lleva a pensar opuestamente al manido concepto generacional -ya sea como oposición y continuidad- de un desarrollo lineal y/o diacrónicamente uniformado de nuestra historia literaria.

Una de estas voces, es la del poeta chileno Mahfud Massis, muerto en Venezuela a la edad de 74 años (1916-1990); y cuyo divorcio del arraigo cultural tradicional pretenderemos vislumbrar.



La Muerte: condición básica para vivir:

Si entendemos la literatura como un circuito abierto que madura y se hace sobre la base de una multiplicidad textual, cuya genealogía y filiaciones se remontan hasta los orígenes mismos de la lengua, nos daremos cuenta que toda obra de interés está estrechamente ligada a las grandes obsesiones del espíritu humano, lo que comúnmente llamamos motivos. Una de estas obsesiones es la muerte; la cual, como motivo o tópico operante interactúa desde Homero, pasando por *La Biblia*, y anteriormente por *La Epopeya de Gilgamesh*, hasta las obras más importantes del siglo XX.

Precisamente, es en esta zona o "constante preocupación" donde se sitúa y habita la poesía de Mahfud Massis. Ella constituye un mundo y una atmósfera funeraria, sumergida en una aventajada fantasía de lo real. Es el otro lado: Los campos Elíseos o el simple pueblo de Comala (por hacer alguna relación), pero siempre con ese aire desolador. Es el reino de un espanto inédito en nuestra tradición. El gusano -recurrente y recorrido en sus versos- que alberga a la muerte: ese signo emblemático que define la vida.

No es una literatura que inaugura o agota el tema, ni mucho menos; pero sí es de una imaginería inaudita, hierática y sacrílega, que a ratos tiende a un lirismo gótico sui generis, oscuro y terrible (tremendismo), acendrado en el lóbrego brillo de la palabra exacta.

Hay en esto, una familiaridad transtextual con otros desgarrados sublimes: Poe, Baudelaire, Rilke, Kafka, y sobre todo, con el simbolismo en su conjunto; pero con el sesgo particular de un sincretismo religioso en rebeldía, de una mitología zoológica nocturna (en sus poemas deambulan hienas, perros, gatos, ratas, gusanos, buitres, onagros, etc.), y de una dialéctica heracliteana fundamental:

"Gladiadora en el lecho nupcial, las hienas vienen a comer de tu carne amorosa en la noche. / Una reja se abre, penetra en tu alcoba oscura... / Nuestros cuernos chocan contra el onix sombrío, / y nos amamos, vaciándonos los ojos, haciendo discurrir la lengua / como un tigre bajo la luna de noviembre. / Entre vasos de ginebra yace tu cuerpo, galgo frío, / envuelto en la paja del pubis silencioso; / alguien asalta entonces tus ojos de caoba, y la cabeza / maldita del ángel -sobre la flor quemada del agua- / empuja tu estatua vacía hacia los archipiélagos, tus ojos inaprensibles comidos por las raposas. / Sobre tu vientre caen aves de pico rojo, / y la boca que balbuceó la frase perdida y querida / tiembla bajo el diente fino de los roedores." (fragmento 15 de *Elegía bajo la Tierra*).

Notamos aquí una conciencia demasiado lúcida del ser: el fluir permanente, el devenir inconmesurable del no ser; no un alegato, sino una evidencia violenta de la naturaleza de existir: La Muerte. Sin embargo, es la penumbra cercana y el precio que tiene que pagar toda vida. Es el ciclo ritual, truculento o no, pero verdadero e ineludible. Una inversión valórica mitificada, pero ajena a la vociferación sentenciosa y lapidaria. En este sentido, Mahfud Massis se divorcia de su suegro, el poeta Pablo de Rokha, a cuya poética adscribió en algún momento (precisamente en *Las Bestias del Duelo*).

Esta mirada alerta frente al cambio y al movimiento engendra la capacidad creadora y vital, por tanto mitificadora -quíeralo o no la muerte- del hombre. Todo es un ciclo perfectamente relacionado, en cuyas hebras nos reconocemos finitos pero reveladores y también revelados:

"Nunca se desgarrar con más fuerza la inteligencia que en el sufrimiento y nunca el hombre escribió lo que quiso, sino que sometido a la dictadura del devenir. Levanta el cráneo [...] con la navaja circular entre los dientes, para torrear los nuevos mitos".

(Mahfud Massis en "Prólogo a las Revelaciones", *Otras poesías árabes*, Benedicto Chuaqui, Stgo., 1950, p. 10).

A la sombra del camello:

Otro de los aspectos distintivos de Massis es el imaginario que configura; imaginario el cual, está unido ancestralmente a la cultura oriental (léase por su ascendencia egipcio-arábiga) y por una preocupación religioso-ritual (donde también cabe un cristianismo particularísimo), todo visto a la luz de este extraño retoño americano.

Este imaginario se expresa en la utilización de una simbología personal, de una cierta irradiación de "oscuridad arcaica" y del uso de un "lenguaje de petróleo, gravísimo" (1).

Massis construye a partir de un doble drama interior: vida y muerte en el hombre, simultáneamente. Y condición de vástago perdido de aquella raza poética por excelencia: el pueblo árabe; y de su condición de bastardo de occidente y de su profeta: Cristo. Justamente, éste es invocado transfiguradamente en su calidad posible de "negatividad", de sugestiva carga crítica a la sociedad. Este hacer no es en el plano del significanté (utiliza procedimientos más o menos habituales: recurrencia al discurso bíblico), pero sí es eficaz -aunque no fundacional: Goethe, Nietzsche, Kazantzakis- en el plano del significado.

El libro *Leyendas del Cristo Negro* devela -desde la perspectiva de una moral humanista- las incongruencias del poder, caricaturizándolo trágicamente. Nos presenta a un Cristo oscuro y sombrío, que habla en el difícil lenguaje de los poetas y las parábolas con una metaforización y un temperamento ajenos a nuestra nacionalidad. Sin intencionalidades utópicas ni orientaciones redentoras de la colectividad, es la rebeldía individual de un Cristo doliente pero negado a la autocompasión. Furioso contra el padre; furia la cual no se instala como ruptura sino más bien como un alegato por ser como somos:

"10 Dijo entonces Jesús dirigiéndose al Padre: Ya tí, ¿quién te humilla? Y esto decía porque la voz del padre caía sobre los riscos, con soberbia. / 11 Así que hubo hablado, oyóse una carcajada en los cielos, y dijo el Padre mostrando a Jesús: ¡He ahí a mi Hijo, he ahí al Cristo Negro! Y diciendo esto escupió sobre la frente de Jesús".

(fragmento Poema XVII)

Hay una violencia vital y profética, una violencia de melancolía y de terror en este Cristo negro. Un Cristo que responde, que ya no da la otra mejilla y cuya salida es individual:

"15 Respóndele Jesús: Antaño me humillé, colgado fui entre ladrones Y te llamé 'Eloi, Eloi', y fuiste sordo como oreja".

de muerto bajo el agua. Nuestros caminos se separaron, como fauces de cocodrilo".

(ídem)

Esta salida individual imposibilita hacer una lectura desde la óptica social o marxista; por el contrario, debe hacerse desde el tópic del extraño en el mundo, del incomprensido por la sociedad, desde el desamparo fúnebre en que queda todo esquizofrénico.

El discurso bíblico y también del aforismo -poético y filosófico- relaciona el texto con el proyecto y la estrategia nietzscheana; a decir, el Cristo Negro baja a la ciudad a predicar (al igual que Zaratustra), para luego, emprender la caminata matutina (tal vez un nuevo regreso):

"32 Y diciendo esto, Jesús volvió la espalda a la ciudad, y transpuso el Monte del lado en que el sol ascendía". (Última estrofa de *Leyendas del Cristo Negro*, Poema XVII).

Comparemos con las últimas palabras de *Así habló Zaratustra*:

"...y abandonó su caverna ardiente y fuerte como un sol matinal que viene de oscuras montañas".

Si bien es cierto, la filiación intertextual es evidente (ambos son profetas que evidencian la inmoralidad del poder y del mundo), el texto de Massis adquiere relevancias fundacionales en cuanto su lenguaje y tono, pues opera de un modo fragmentario en algunos autores posteriores; por ejemplo: *El Sermón de la Montaña*, de Raúl Zurita. No obstante, la obra de Massis se remontó a los libros proféticos de la antigüedad: *El Génesis*, *El Pentateuco*, *El Libro de Job*, *El Libro de Tot*, *La Epopeya de Gilgamesh*, *El libro de los Muertos*, etc. Es esta la sabiduría mítica que Mahfud Massis recoge como herencia de su padre, quien "viajó desde Palestina, y cuyos viejos zapatos de emigrante, ensangrientan, para siempre" sus poemas. (2)

El Infierno:

Con "El Infierno" se da comienzo a *La Divina Comedia* y es esa "temporada" en sus dominios la que desajusta a Rimbaud para la revelación de su YO POÉTICO.

Para Mahfud Massis, el infierno no está separado de la vida, sino que muerte y existencia forman un solo "corpus". Vivir es morir y la muerte es una vivencia que se anticipa. Ya lo dijera Heráclito: "Todo vive y todo muere". El poeta es ese pequeño dios huidobriano que conoce el infierno antes de tiempo, por eso puede develar nuevas realidades:

"Soy Mahfud Massis, el esclavo/ el heresiarca de piel negra./ el loco, el desertor, el papanatas helado bajo la nieve./ Escondo mis dientes de cabro./ mi cola de rey babilónico./ mientras camino por la ciudad, junto al angosto río/ [...] Como un pequeño dios celeste y pálido/ camino ahora por el mundo con mis ojos de perro..."

(Fragmento Nro. 3, *Elegía bajo la tierra*)

En cuanto a la simbología zoológica, Mahfud Massis se vale de la imagen del "perro" para representar la condición humana de tráfuga y la esencialidad trágica del mundo. El perro, aquella bestia familiar, remite al Cancerbero, al dios Anubis. Es la bestia mitológica que simboliza el ritual de la muerte y/o la llegada a ese "otro lado": quizás el averno. El mismo del Dante, de Virgilio, de Quetzalcóatl vagaroso por Mictlán, el mismo de Gilgamesh y Enkidu, de Lautreamont, etc.

El infierno de Massis está dentro de él mismo. Ahí es donde desciende y evidencia el único derrotero: el no ser, la muerte. Pero el poeta viaja hacia esos territorios -como opción límite- para sentirse vivo. Hay en esto una orientación escritural órfica, un orientalismo, panteísta y lúgubre, desesperanzado. Sin embargo, hay una señal: el ojo de Caín. Massis es el voyeur de la muerte. Confecciona un mundo circular, subterráneo y lunar. Es una literatura curva, redonda.

Un "demon" en el infierno opera en la conciencia del hablante, para que éste se desplace con toda libertad en el cuarto de las pesadillas.

Massis es un nihilista entristecido. Insubordinado contra la ascendencia, poética y sanguínea:

"Maldito mi linaje de perro, mi sombría estirpe de soñador./ el humo cadavérico de mis imágenes./ mi lengua de harapo, carcomida por el esparto de la miseria./ mis ojos que vieron la injusticia, agrandando más el hoyo del alma./ Maldita sea mi boca, su encendido ofidio de alcohol./ mis orejas, viejas comadrés de corcho./ ellas escucharon la sentencia mortal./ se deslizan como codornices debajo de la almohada./ y crecen, crecen como una branquia, gusano terrible./ llevando la palabra encadenada al corazón./ a la lengua y su rojo pantano./ donde la

expresión se arrastra con su lento cuerpo primitivo". (fragmento 8, *Elegía bajo la tierra*)

Hay un deseo freudiano de matar al padre como símbolo emblemático de la cultura y la civilización occidental. Un deseo de no aceptar la estirpe, empero, de reconocerse en ella. El padre es uno mismo. La figura especular que conforma nuestra imagen oculta, la región oscura de nuestros muertos y fantasmas. (Es

El Cristo de los ratones

En esa piel salvaje de llama y de rocío,
de arsénico y perros de Pomerania,
esta cabeza doliente, oscurecida por la niebla,
es la testa del Rey de los Judíos.
Desde el costado, una piedra escarlata
invade el aire fúnebre del ropero,
la noche húmeda, la noche en que caí en Versalles,
en el fondo de esta estancia como la oreja de un muerto.
Cristo pálido, pudriéndote en la alcoba,
Cristo con el espinazo quebrado,
las ratas te roen con sus verdes espadas,
con sus guadañas de ancestrales tribus.
En el desván, tus huesos desparramados,
tus muslos recogidos como el topacio oscuro,
entre frascos de creta y belladona.
Eres la increíble señal, el duelo irreconocible de los mundos,
Soy una rata más sobre tus tristes ojos,
sobre tu lengua empapada en vinagre;
rompe por una vez tu orfebrería negra, corre al monte,
y al ácido bagual derriba entre tus patas.
Cristo de los Ratones, Cristo sangriento de la terrible Capa,
desciende sobre este fariseo, bebe conmigo una alegre copa,
la copa que romperán mañana tus arcabuces,
esta copa amarilla
en la que bebo hace cuarenta años.

(M. Massis, *El libro de los astros apagados*, Editorial Universitaria, edic. Alerce, SECH, 1965, Santiago, p. 47).

Es indudable que en esta literatura prevalece una corrosiva intencionalidad herética, un "armarse contra la divinidad", de acabar a los dioses, de desacralizarlos. El autor pretende evidenciar la huecura del cielo; pero, paradójicamente: mitificando, sacralizando y recreando.

En definitiva, Massis logra corporizar a Cristo, armarlo, humanizarlo. Con voluntad y dominio. Con una exacta imaginería verbal y un porfiado terrorismo psíquico:

"2 Miróla entonces Jesús, y dijo: ¿Qué haces, mujer, vestida de rojo en el umbral de tu casa? Y Jesús era alto, y oscuro de tez y de miembros bien formados./ 3 Entonces la mujer posó en Jesús los ojos y deseó a Jesús./ 4 Y Jesús pensó en su corazón: A otra como ésta amé en otro tiempo; y Magdalena era su nombre. Y su trenza era oscura como la noche./ 5 Entonces Jesús entró en la casa, y estuvo junto a la mujer, y amóla./ 6 Y aparecía hermosa en su desnudez; sus pechos eran húmedos, como el belfo del lobo nuevo."

(M. Massis, fragmento del poema XI, en *Leyendas del Cristo Negro*).

Mahfud Massis (1916-1990). Fue director de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) en 1965, y director de la revista "Polémica". Algunos títulos de su bibliografía básica son:

- *Los Tres*, (ensayo crítico-estético), 1944.
- *Las Bestias del Duelo*, (poemas), Edit. Multitud, Santiago, 1949.
- *Walt Whitman, el Visionario de Long Island*, (Premio único de ensayo de la Soc. de Escritores de Chile), Edit. Nascimento, Stgo., 1953.
- *Los sueños de Caín* (cuentos), Premio "Renovación del Ministerio de Educación", Arvas Editores, Stgo., 1953.
- *Elegía bajo la Tierra*, (poemas en 27 fragmentos), 1955.
- *Antología Poética*, (editada en Venezuela).
- *Sonata del Gallo Negro*, 1958.
- *Leyendas del Cristo Negro*, (poemas en prosa), Ediciones Polémicas, Santiago, 1963.
- *El Libro de los Astros Apagados*, (poemas), edic. Alerce, (SECH), Edit Universitaria, Santiago, 1965.
- *Testamentos sobre la piedra*, 1971.

LAS ULCERAS

Aquí, soterrado y mudo, con la divinidad en medio de mis piernas,
mugiendo y sollozando, bajo la inmensidad terrestre,
yo te entrego la mitad de mis huesos.

Mujer, bloquea mi corazón la sombra de los mulos,
y ataviado con ropas ácidas, agarrado a tus tetas de estaño,
inicio los viejos ritos, desesperado, mamándote como un jabato infernal y oscuro,
mamándote la leche agria, rosada y sin cuartel,
helada como el sudor de Dios, perra sombría.

Yo soy triste, mujer, amargo como los bebedores de café,
soy el árabe oscuro y semental aullando de presagios, como el macho cabrío;
abre, abre tus ramales blancos, el estilete de tu lengua umbría;
voy a lamerte con mi pecho de zorro, con mi lengua de alpaca fría, con mi lengua de muerto.

Evadido de los sepulcros, el gato mineral de las astrologías
nos cubre, desamparados y malparidos. Tú me desnutes
con tu formón helado, tosiendo con tus ojos claros y tus úlceras.

Soy el príncipe herido al pie de los hospicios
entre espectros de hígado de diamante; relumbrando entre mi alhaja fúnebre,
oigo el rumor de la hiena imperial, y tú sudas,
desnuda debajo de mi vientre funerario, debajo de mis ojos
disminuidos, como el candelabro de los muertos.

Pero, ¡ay! dioses enlutados, ya nada queda,
huecos estamos, y el toro de apís orina sobre el Gólgota,
y del corazón de la tierra el tuétano de mis abuelos me maldice;
y un agua de cementerio me va cubriendo de larvas fluviales,
y el estiércol del ángel y la neuralgia cubrirán eternamente mis pasos,
y, oh, inmortales, decid si es más terrible: vivir en un palacio solo,
o quedarse dormido encima de una muerta.

(De *Las Bestias del Duelo*, 1949)

Notas:

- (1) CFR. Pablo de Rokha, en "Prólogo" a *Las Bestias del Duelo*, M. Massis, Editorial Multitud, Stgo., 1949.
- (2) CFR. Dedicatoria de M. Massis a su padre; *Las Bestias del Duelo*, ídem.